

Ruperto y la comadreja robot (o el nuevo plan de Siniestro)

Roy Berocay

loqueleg

Un malo muy conocido y con olor a pata, un vampiro a la moda y la cosa mecánica que aún no se sabe qué es

—¿Te das cuenta, Vladimiro? Solo me falta un tornillo.

7

—Es lo que siempre digo, don Siniestro, jefe supremo, líder de los malos, que a usted le falta un tornillo. Una ferretería más bien.

El malvado señor Siniestro, conocido mundialmente por detestar a los niños, ser el archienemigo número uno del sapo Ruperto, el más famoso detective del arroyo Solís Chico, y por un olor a pata que podía dañar hasta a la capa de ozono y otros superhéroes, levantó un destornillador y miró a su torpe asistente.

—No sé qué bicho te picó últimamente, Vladimiro, te noto como agrandado —apuntó su destornillador y puso un último tornillo en una pieza de metal que tenía sobre la mesa—. Antes eras un vampiro humilde, servicial, obediente... —hizo girar su destornillador y apretó con fuerza, algo hizo “clic”—. ¿Qué te pasa, Vladimiro? Podés confiar en mí. Después de todo soy como un padre para vos.

—¿Eh? —Vladimiro estaba distraído mirándose en el reflejo de un vidrio. El señor Siniestro se enojó

un poquito. Tiró el destornillador al suelo y lo pateó. Luego agarró una silla y la estrelló contra la pared y se arrancó dos, tres, cincuenta y ocho pelos. Cuando el señor Siniestro se enojaba, se enojaba.

—¡Pedazo de marmota con porciones de cerebro aún sin descubrir! ¡Cabeza de pescado dejado al sol durante tres meses! ¿Ves que estás distinto, Vladimiro? Antes me escuchabas.

8 Vladimiro hizo pucheritos. Una lágrima brotó de su ojo derecho y quedó pegada en una enorme lagaña.

—¡Perdone, don Siniestro! —Vladimiro abrazó las piernas de su jefe—. ¡No sé qué me pasa! Desde que vi esas películas siento que soy otro.

—Bueno, bueno, suelte, suelte, no hace falta ponerse cariñoso Vladimiro. Somos los malos, ¿te acordás? Los malos no son cariñosos, ni llorones.

—¡Tiene razón, jefe! —Vladimiro levantó un puño en el aire—. ¡Somos los malos! ¡Los malos! —se puso a dar saltitos—. ¡Los malos, los malos! ¡Aguante los malos! ¡Los malos mandan!

—Bueno, Vladimiro —dijo el señor Siniestro en cuatro patas en el suelo, buscando su destornillador—, no te emociones tampoco.

Vladimiro se quedó quieto y volvió a ver su reflejo en el vidrio.

—Lo que pasa, jefe, es que los vampiros estamos de moda, ¿vio? Las chicas nos persiguen —suspiró—. Somos terribles galanes, hay libros, películas, series en la tele, ahora a todo el mundo



le gusta un buen chupador de sangre con los colmillos afilados.

—Bueno, no te emociones, ya te dije que esos son otra clase de vampiros, vos sos un vampiro de verdad, de campo nomás, perseguís vacas, no muchachas bonitas.

10 —Qué desgracia la vida del vampiro de campo, don Siniestro, nunca una caricia, un besito, una rubia, una morocha, nada —suspiró nuevamente Vladimiro.

Siniestro no le prestó atención, estaba otra vez al costado de su gran mesa de trabajo. Encima de la mesa había un montón de piezas, fierros, tubos, frascos, un pedazo de pan verduoso, un cenicero lleno de clavos y una foto de una mujer fea, con los pelos todos parados y una gran nariz llena de verrugas.

—Esto es para vos, mamá —dijo Siniestro mirando la foto con nostalgia y otros sentimientos blanditos—. Vos me enseñaste todo lo que sé —respiró hondo—. ¡Ah, aquellas noches encerrado solo en el sótano lleno de cucarachas! ¡Ah, aquellas tardecitas encadenado a un poste de luz... —se dio vuelta y miró a Vladimiro que seguía mirándose en el vidrio—. ¿Te das cuenta, Vladimiro?

—Sí jefe, estoy bastante fuerte.

—¡No, grano de choclo de plástico! Quiero decir que todo lo que pasa es por que ya no hay disciplina, Vladimiro. ¡Hay gente que hasta abraza a sus niños! ¡Les regalan computadoras,

Vladimiro! ¡Les cantan que los cumplan felices! Si hasta algunos les leen cuentos para que se duerman. ¡Cuentos! Mi mamá me leía el *Necronomicón*, Vladimiro, el libro de los malos. Después me deseaba horribles pesadillas. ¡Cómo la extraño!

Vladimiro se apartó. Cuando Siniestro se ponía así, lo mejor era dejarlo que hablara solo.

—Pero ahora todo va a cambiar, Vladimiro, esos pequeños granujas van a tener su merecido. Hay que bajar la edad de imput... imput... eso que dicen. A tres, cuatro años. ¿Te hiciste pichí en la cama? ¡Para adentro! ¿No hiciste los deberes? ¡Adentro! —El señor Siniestro agarró un paño lleno de grasa y se secó una lágrima—. Perdón, me dejé llevar por la emoción.

11

—¡Adentro! —exclamó Vladimiro que era medio lento de reflejos.

—Y ahora Vladimiro, por fin voy a dominar el mundo.

—¡El mundo! —exclamó Vladimiro.

—¡Voy a conquistar el infinito y más allá!

—¡Y más allá! —saltó Vladimiro.

—¡Voy a ser el campeón universal de los malos!

—¡Los malos!

—¡Soy un idiota! —exclamó Siniestro.

—¡Es un idiota! —exclamó Vladimiro.

Siniestro suspiró y sonrió.

—Ja, estás mejorando. No caíste en mi ingeniosa trampa verbal, Vladimiro, dije que yo era un idiota

para que vos lo repitieras y dijeras que vos eras un idiota, ¿no? Pero te diste cuenta. La sopa de letras que te doy todos los días debe estar funcionando.

—No entiendo qué me dice, jefe, yo opinaba nomás.

Siniestro agarró un largo tubo de plástico anaranjado y lo ajustó. Luego abrió una bolsa blanca y sacó algo peludo, suave. Parecía un animalito.

12 —¿Un conejito? ¡Amo los conejitos! —saltó Vladimiro agitado—. ¿Puedo acariciarlo? ¡Porfi! ¡Porfi!

—Atrás, Vladimiro, este es un momento muy importante de mi experimento, el momento cumbre que le dicen, el gran final... O, bueno, el gran principio.

Siniestro conectó unos cables que zumbaron como cuatrocientas veintiocho abejas. Luego el malvado más malvado de todos estiró la piel suave y peludita y la colocó con cuidado encima de aquella cosa que vibraba sobre la mesa.

—Ahora Vladimiro, cerrá los ojos un momento. Vladimiro se tapó la cara con sus alas.

Oyó sonidos extraños, notó movimientos.

—Un ajustecito más y... ¡listo!

El zumbido se convirtió en un suave murmullo metálico. Sobre la mesa algo abrió los ojos, dos ojos para ser exactos.

—Ahora Vladimiro, podés mirar.

Vladimiro miró.

—¡Cuidado, don Siniestro! ¡Yo lo salvaré!

Vladimiro agarró un garrote y reventó la cosa que se movía sobre la mesa. Por el aire volaron resortes, tuercas, cables, y casi enseguida voló también por la ventana el pobre Vladimiro gracias a la patada que el señor Siniestro le pegó en una parte del vampiro llamada nalgas o pompis si se tratase de un vampiro mexicano.

—¡Cerebro de mosquito! ¡Mi invento! ¡Mi invento! —gritaba Siniestro con la cara roja, azul, verde, violeta de tanto enojo que tenía. ¡Voy a tener que armarlo de nuevo!

13

Asomado apenas por la ventana, Vladimiro temblaba de miedo. No sabía que el señor Siniestro hubiese inventado el cerebro de mosquito. El señor Siniestro de verdad era un genio. Pero ahora estaba más enojado que nunca.

—¡Necesito mi invento para destruir a ese sapo roñoso! ¡Ese ídolo de los niños y las niñas! ¡Ese protagonista verde y ridículo que se cree muy listo!

Vladimiro trataba de entender.

—Ese batracio infecto, comedor de moscas...

—¿Puede darme otra pista, don Siniestro? Creo que casi lo tengo.

—¡Idiota, es el sapo Ruperto!

—Sí, ¡el sapo Ruperto es idiota! —exclamó Vladimiro desde la ventana.

—No, Vladimiro, dije que vos sos un idiota, no el sapo Ruperto... —se detuvo—. Bueno, ese

sapo también. Pero ya lo voy a destruir —miró la mesa—. Apenas arregle mi invento, claro.

Y así, luego de perdonar a Vladimiro y de volver a juntar todos los pedazos, luego de varias horas de intensa labor, Siniestro tuvo listo su invento otra vez.

Lo encendió. Dos ojitos malvados se abrieron sobre la mesa.

14 —Ruperto, sapo de pacotilla, ahora te llegará el final que todos esperaban.

Vladimiro miró a la cosa.

—¡Ja! Ese sapo no se va a dar cuenta de nada —dijo.

—¡Exacto, mi fiel y lento asistente! ¡Mi nuevo plan, ese que anuncié en el libro anterior, finalmente está en marcha! ¡Ahora el sapo Ruperto será destruido!

—¡Sí, sí, destruido! —exclamó Vladimiro lleno de felicidad y de tripas.

Siniestro abrió la puerta de su guarida secreta.

—¡Ahora ve, mi querido animal prefabricado!

—Sí, invento, mira, mira.

—No, Vladimiro, dije “ve” de ir, no de mirar... ¡Ve, mi invento! ¡Ve y destruye de una vez a ese sapo detective, así luego podré vengarme de todos esos niños insoportables! ¡Llorones! ¡Comedores de mocos, Vladimiro!

—¿Hay mocos Vladimiro? ¿Es una marca nueva?

Siniestro no contestó. Estaba maravillado por su invento.

La cosa peluda y mecánica detectó un camino entre las plantas. Su cerebro de computadora se iluminó como una pantallita y le mostró un pequeño mapa. Al final del mapa había una X bien grande. Al lado de la X decía la palabra “RUPERTO” y luego, en letras rojas: DESTRUIR, DESTRUIR, DESTRUIR.

—Destruir —repitió la cosa peluda y mecánica y comenzó a correr entre los yuyos, hacia el arroyo Solís Chico donde, sin sospechar que estaba a punto de iniciar una nueva aventura, nuestro héroe, el número uno en su categoría, el único, el más genial de todos los detectives del arroyo Solís Chico, hacía aquello que hacía mejor que nadie: dormía y soñaba con moscas gorditas y jugosas.